

Componentes éticos en *El arte de la guerra*

Jean-Jacques Marchand¹

Recibido: 10-01-2020 / Aceptado: 31-03-2020 / Publicado: 30-07-2022

Resumen. Aunque la cuestión de la licitud de la guerra no se plantee para Maquiavelo, como no lo hace para la mayoría de los pensadores italianos de principios del siglo XVI, el componente ético no está ausente de la reflexión maquiaveliana en *El arte de la guerra*. De hecho, junto al aspecto técnico de la creación de una milicia de ordenanza y sus diversos modos de combatir en el campo, sin embargo, se encuentran, estrechamente vinculadas a los requisitos políticos de una república virtuosa, las fundamentales exigencias éticas tanto en las cualidades morales de los ciudadanos-soldados como en la virtud de los comandantes y en la rectitud de los dirigentes políticos que los reclutan y emplean en las operaciones militares. Esto se evidencia, particularmente, en las partes introductoria y final del tratado.

Palabras claves: criterios de reclutamiento; ética; milicia de ordenanza; cualidad moral; república virtuosa; reforma moral.

[en] Ethical Dimensions in the *Art of War*

Abstract. Even though the question of the legitimacy of war is not considered by Machiavelli, or by most of the Italian thinkers of the beginning of the XVI century, the ethic component is not missing from Machiavelli's political reflection in the *Art of War*. As a matter of fact, beside the technical assumptions of the creation of the "milizia d'ordinanza" (militia army) and of its different ways of fighting on the pitch, highly bounded to the political requirements of a virtuous republic, are the fundamental ethical needs about the moral qualities of the citizens-soldiers, about the virtue of the commanders and about the straightness of the political leaders who choose and use them in military operations. That can be particularly highlighted in the introductory and conclusive parts of the treaty.

Key words: recruitment criteria; ethics; militia army; moral qualities; virtuous republic; moral reform. **Nota del autor**

Nota del traductor: Diego A. Fernández Peychaux, Universidad de Buenos Aires / CONICET, Argentina. Correo electrónico: dfernandezpeychaux@conicet.gov.ar

Cómo citar: Marchand, J.-J. (2022). Componentes éticos en *El arte de la guerra*. *Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 11(2), 233-242. <https://dx.doi.org/10.5209/ltld.82468>

Como es sabido, *El arte de la guerra* no es solo un manual de polemología, como lo fueron los de Vegecio y Frontino (Martelli, 1998; Formisano, 2002), sino que es una obra en la que el componente técnico se incluye, sobre todo en los capítulos inicial y final, en una reflexión dialéctica entre comportamiento positivo y negativo. Obviamente, la forma dialógica viene a reforzar y subrayar este tipo de exposición –se ha señalado que desde un punto de vista estructural Maquiavelo es uno de los iniciadores de la tradición del tratado dialógico que tendrá amplio éxito en el siglo XVI y más allá (Messineo, 1998). Sin embargo, junto a esta dialéctica más formal, que pretende una exposición más dinámica y apetecible del tema, todo el tratado tiene en cuenta –como en las obras maquiavelianas anteriores– las implicaciones positivas y negativas de las medidas organizativas de la milicia y la conducta de las tropas en la guerra. Del mismo modo, el amplio marco histórico-político en el que se inscribe el tratado se ve y se representa en un contraste expositivo entre buenas y malas elecciones. Sin embargo, lo que hay que señalar es que la contraposición de soluciones buenas y malas no solo implica la esfera política, como se ha señalado acertadamente (Fachard, 1996), sino también la esfera moral (vista como una contraposición entre el Bien y el Mal).

Evidentemente, hay que partir de una premisa sobre el concepto maquiaveliano de ética en el contexto de la guerra. Ni en *El arte de la guerra*, ni en otras obras, Maquiavelo se plantea el problema ético de la licitud del

¹ Faculté des lettres, Université de Lausanne.

E-mail: ljmarchand@sunrise.ch

conflicto armado, especialmente el de conquista.² Según el modelo de la república romana (y como heredero ideal de la misma, como ya afirmó Leonardo Bruni), el Estado debe estar armado para defenderse y debe estar preparado para ampliar su territorio, como hizo el Estado florentino durante siglos. Una república desarmada cae en la debilidad incluso cívica y corre el riesgo de ser presa de sus enemigos:³ el modelo moderno de república sana es el de los suizos, definidos como “armados y libres”.⁴ Se podría establecer un paralelismo entre el comportamiento del príncipe, tal y como se lo caracteriza en el capítulo XV del tratado del mismo nombre, y el de la fuerza militar, sustituyendo la palabra “estado” o “república” por la de “príncipe”: “De ahí que es necesario, queriendo mantener un *estado*, aprender a poder ser no bueno, y a hacer uso de ello o no, dependiendo de la necesidad”. La fuerza militar para preservar el *estado* debe ser esencialmente defensiva, pero también debe poder ser ofensiva: “es necesario al ordenar una república pensar en el partido más honorable y organizarla de modo que, si la necesidad le obliga a hacer conquistas, pueda conservar lo conquistado” (*Discursos*, I, VI, 36: Machiavelli, 1531/2001b, p. 49 [73]).*

Esto no significa, sin embargo, que la cuestión ética sea ajena al razonamiento de Maquiavelo sobre las cualidades morales de los ciudadanos de una república y de los que serán elegidos para constituir la milicia de ordenanza.

De hecho, al comienzo de la obra, Maquiavelo describe el escenario en el que se desarrollará el diálogo y caracteriza a los dos protagonistas principales –Fabrizio Colonna y Cosimo Rucellai– en una conversación proemial que no entra inmediatamente en el tema técnico de la constitución, formación, funcionamiento y métodos de reclutamiento de un ejército de milicias. En un cuadro que recuerda al *Decamerón*, y no solo por la ubicación de la serena conversación en un sombrío *locus amoenus* de una villa toscana (aquí la de los Orti Oricellari), el protagonista Fabrizio vuelca y derriba metafóricamente el telón de fondo de la conversación y de la narración, para utilizarlo como símbolo negativo de una vida artificiosa, corrompida y extraña a la realidad, excesivamente aislada de la vida real, como las plantas exóticas del jardín de los Rucellai que protegen a los protagonistas de los rayos del sol. Esa sombra ficticia, generadora de corrupción, se asume como símbolo de la ofuscación de la mente de un mundo señorial y burgués que no ha sabido ni prever ni evitar las cruentas y ruinosas guerras de Italia. En los primeros intercambios, sobre todo vivaces, entre Fabrizio y Cosimo, se proponen tres modelos de referencia inspirados en la Antigüedad, a los que un ciudadano podría referirse en su vida privada y pública: el espartano, el romano-republicano y el romano-imperial. El primero, que exige excelsas cualidades de resistencia física y moral, se considera, sin embargo, irreconciliable con los tiempos modernos, a pesar de los lamentos de viejos florentinos como el padre de Cosimo. El tercero, heredado de la época de decadencia romana y prolongado hasta los tiempos modernos, presenta todas las características de un debilitamiento físico y moral que lleva a los hombres a la corrupción, a la servidumbre y a la vileza. Se salva solo la vía intermedia inspirada en la Roma de la época republicana, que presupone buenos ciudadanos en una ciudad, una civitas, virtuosa. Es precisamente en la definición de las cualidades individuales, sociales y políticas del ciudadano donde se perfila el contexto ético ideal que enmarcará y determinará el éxito de la institución del ejército de milicias.

La correlación entre la ética y el arte de la guerra no solo se manifiesta en Maquiavelo en el contexto de la reflexión teórica en los años de la composición de sus obras mayores (es decir, en 1519 con respecto a *El arte de la guerra*), sino que siempre ha sido inherente a su concepción de un ejército miliciano, es decir, formado por habitantes locales. De hecho, ya en el escrito preparatorio de la ley sobre la organización de la milicia florentina de 1506, titulado *Cagione dell’Ordinanza (Causa de la ordenanza)*, Maquiavelo declaraba en la conclusión de su argumentación

Vi avvedrete ancora a’ vostri dì che differenza è avere de’ vostri cittadini soldati per elezione e non per corruzione, come avete al presente: perché, se alcuno non ha voluto ubbidire al padre, allevatosi su per li bordelli, diverrà soldato; ma, uscendo dalle scuole oneste e dalle buone educazioni, potranno onorare sé e la patria loro [También os daréis cuenta en vuestros días de la diferencia que supone que vuestros ciudadanos sean soldados por elección y no por corrupción, como tenéis en la actualidad: porque si alguno no quiso obedecer a su padre, y es criado en burdeles, se convertirá en soldado; pero, saliendo de escuelas honestas y de una buena educación, podrá honrarse a sí mismo y a su patria]. (Maquiavelo, 2001, p. 476).

² Cabe señalar que en la Italia del siglo XV y en las dos primeras décadas del siglo XVI, esta cuestión fue poco debatida, a diferencia de lo que ocurrió en España, donde circunstancias muy diferentes, como la *Reconquista* de los reinos moriscos musulmanes y la apropiación de nuevos territorios coloniales, sobre todo en América, plantearon con fuerza la cuestión de la legitimidad de unas guerras que provocaron numerosas pérdidas humanas, así como la conversión forzosa y la esclavización de pueblos no cristianos: una situación denunciada ya en la década de 1510 por Bartolomé de Las Casas, y que daría lugar varios años después a la Disputa de Valladolid (1550) entre él y Juan Ginés de Sepúlveda. En cuanto a las obras de Erasmo, que trataron este tema en aquellos años –*Adagia, Elogio de la locura*–, parece que no fueron conocidas por Maquiavelo o, al menos, no fueron tomadas en consideración.

³ “Cuando el cielo fuera tan benigno que no tuviera que hacer la guerra, se seguiría que la ociosidad la haría afeminada o dividida” (*Discursos* I, VI, 35: Maquiavelo 1531/2001b, p. 49 [73]); “esa ciudad se volvería afeminada, y presa de sus vecinos” (Id., I, XIX, 3: Maquiavelo 1531/2001b, p. 119 [112]).

⁴ “Los suizos están armadísimos y muy libres” (*Príncipe*, XII, 13: Maquiavelo, 1532/2006, p. 187 [64]).

* [Nota de traducción: en las referencias bibliográficas a las obras de Maquiavelo y Vegecio se agrega entre corchetes la paginación de las ediciones mencionadas en el listado final].

La composición misma del ejército y el reclutamiento de sus soldados no deben basarse únicamente en las cualidades físicas o las capacidades de combate de los hombres, sino también y sobre todo en sus cualidades morales, representadas por las “escuelas honestas” a las que han asistido (donde “escuelas” puede interpretarse en el sentido amplio de un contexto social marcado por la observancia de las leyes morales, para relacionarlo con su contrario: desobediencia al padre, es decir, a la moral social) y la “buena educación” diferente de la que recibe el que es “criado [...] en los burdeles”. El compromiso militar, y si es necesario la guerra, dejan entonces de ser obra de la “corrupción”, de quien va al combate por un sueldo, para convertirse en un acto de “honor” (nótense las connotaciones morales) para el individuo y la sociedad: “para honrarse a sí mismo y a su patria”.

En *El arte de la guerra* se desarrolla considerablemente el concepto que aparecía solo esbozado en *Causa de la ordenanza*. Hay que tener en cuenta, por tanto, el modo en que Fabrizio detalla las características de esa vía intermedia que se vincula al modelo estoico-ciceroniano (piénsese en el *De officiis*, cfr: Pagnotta, 2014), pero también humanista,⁵ del ciudadano virtuoso comprometido con la vida cívica de su *civitas*:

Honrar y premiar la virtud, no despreciar la pobreza, apreciar los hábitos y órdenes de la disciplina militar, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, a no dividirse en facciones, a apreciar menos lo privado que lo público, y cosas semejantes que fácilmente podrían acordarse con estos tiempos. (Machiavelli, 1521/2001a, p. 38 [16]).

La enumeración parte de las cualidades individuales: las virtudes, consideradas en su forma plural, implican todas las cualidades del alma, concebidas tanto en su acepción latina –la “virtus” celebrada en los tratados políticos– como en su dimensión más amplia y moralmente cristiana, deben ser no solo respetadas (“honrar”), sino también fomentadas con una recompensa para quienes las practican (“premiar”). El no desprecio de la pobreza, es decir, el rechazo del culto a la riqueza se relaciona también con los dictados de todo género de moral individual. La estima por la disciplina militar, en su organización y funcionamiento en la batalla, aunque se remite principalmente al modelo de la antigua Roma, se refiere tanto a la *forma mentis* del ciudadano ideal como al concepto de ejército de milicias, en el que el ciudadano acepta someterse a un periodo de formación, realizar el servicio activo y retirarse después a la vida civil. En cuanto a los tres últimos requisitos, se relacionan con las virtudes sociales del buen ciudadano: tanto a nivel individual (“amarse los unos a los otros”), como a nivel político social (“a no dividirse en facciones”), y a nivel ético político (“a apreciar menos lo privado que lo público”). Vemos, pues, que para definir al que estará destinado a ser el buen soldado de la milicia, Maquiavelo, a través de la voz de Fabrizio, toma en consideración siete requisitos de tipo prevalentemente ético: dos de orden personal, dos de orden técnico y tres de orden social, divididos sintácticamente en cuatro pares: con el segmento coordinado “y en otras cosas semejantes que son compatibles con los actuales tiempos” que completa el cuarto par.

El discurso se desplaza luego a la función y la percepción de la fuerza armada en un estado. También aquí se sitúa en un plano moral. El uso de la fuerza armada debe estar ligado, de hecho, a una exigencia ética: solo el estado debe poder recurrir a ella, y nunca un ciudadano individual, que si lo hiciera sería considerado “no bueno”:

Porque nunca será juzgado bueno quien ejerza una actividad que para ser eficaz le exige ser rapaz, fraudulento, violento, y tener muchas cualidades que necesariamente lo hacen no bueno. (Machiavelli, 1521/2001a, p. 41 [18]).

En tres líneas, el adjetivo “bueno” aparece dos veces en un sentido no de eficacia política, sino de juicio moral.

El concepto de “hombre no bueno” para calificar a quien recurre a la fuerza armada como particular constituye el punto de referencia para el desarrollo de toda la argumentación. El individuo será “un hombre no bueno” porque querrá asegurarse de que todas sus acciones estén orientadas al mantenimiento del conflicto, del que puede obtener el máximo beneficio, o a la posibilidad de mantener en tiempo de paz los privilegios adquiridos en tiempo de guerra. Y, reitera el autor, “ninguno de estos dos pensamientos cabe a un hombre bueno”: porque la guerra implica “los robos, las violencias, los asesinatos que estos soldados cometen contra enemigos y contra amigos” (Machiavelli, 1521/2001a, p. 41 [18]); porque el deseo de mantenerla lleva a los mandos a engañar, y porque, incluso en tiempos de paz, los jefes militares, privados de sus ganancias, fomentan las rebeliones, los motines y los saqueos. Por lo tanto, todo el razonamiento se rige por la condena moral –y también política– del uso privado de la fuerza armada.

A la representación del “hombre no bueno” encarnado por el comandante que utiliza las armas para fines personales y perversos, se opone la del estado, república o principado, que emplea al ejército y a sus comandantes solo en caso de guerra y les obliga a volver a la vida civil en tiempos de paz. Aquí también

⁵ La primera referencia es, obviamente, a la *Vita civile* de Matteo Palmieri, aunque se imprimió por primera vez en 1529. Sin embargo, el tema está muy difundido en el humanismo florentino de principios del siglo XV.

Maquiavelo recurre a una consideración de orden moral para distinguir entre los comandantes que sirvieron a la república romana hasta el final de las guerras cartaginesas, que “adquirieron gloria como valientes y buenos”, y Pompeyo y César, que “adquirieron fama como hombres valientes, no como buenos” (Machiavelli, 1521/2001a, p. 45 [20]).

Una república virtuosa, como la república romana de la época republicana, observa el autor, imponía a sus comandantes, después de haber disfrutado del honor de la victoria, deponer las armas y volver a sus actividades civiles anteriores. También en este caso, la expresión utilizada por Maquiavelo es aquella de “hombres buenos”, con evidentes connotaciones morales:

Pero como estos hombres buenos, que no usan la guerra para su provecho, no quieren sacar de ella sino esfuerzo, peligros y gloria, una vez que han ganado bastante gloria desean volver a su casa y vivir de sus oficios. (Machiavelli, 1521/2001a, p. 46 [21]).

Y a este ejemplo virtuoso deben ajustarse también todos los componentes inferiores del ejército, deseosos tanto de servir en la milicia como de retornar a la vida civil tras cumplir su misión. La máxima conclusiva viene a sellar esta relación entre el estado virtuoso y el ciudadano “bueno”: “No es bueno que un ciudadano ejerza la actividad militar con otro objetivo; y una ciudad que se gobierne de otro modo no es una ciudad bien organizada” (Machiavelli, 1521/2001a, p. 47 [21]).

Otro ámbito en el que interviene el componente moral en *El arte de la guerra* es el del reclutamiento, el de la selección de los hombres que serán parte de la milicia. Este criterio se define primero por exclusión. Se deberán descartar a aquellos que, presentándose como voluntarios, serán:

Alborotadores, ociosos, desenfrenados, sin religión, que huyen del imperio de su padre, blasfemos, jugadores, mal nutridos [...] esas costumbres no pueden ser más opuestas a las de una verdadera y buena milicia. (Machiavelli, 1521/2001a, p. 56 [28]).

Como se observará, el pasaje retoma y desarrolla la argumentación sobre el reclutamiento de la *Causa de la ordenanza* de 1506, en la que el autor distinguía entre soldados (es decir, mercenarios) y militares de la milicia de ordenanza, hasta llegar al particular de los hombres que “no son buenos” por haberse rebelado contra la autoridad de su padre. En este pasaje, de los ocho defectos a evitar en la elección de nuevos reclutas, al menos siete son de orden moral, o se refieren al carácter, y no —como cabría esperar— a las características físicas: los “escandalosos”, es decir, los delincuentes; los “ociosos”, es decir, los holgazanes; los “desenfrenados”, es decir, los exaltados; los “sin religión”, es decir, los incrédulos, sin fe ni temor de Dios; los “fugitivos del imperio del padre”: los rebeldes contra la autoridad paterna; los “blasfemos” y los “jugadores”: dos categorías de pecadores a los ojos de la moral cristiana. Y tal vez los “mal nutridos” también deberían entenderse no solo como desnutridos, sino como personas que han tenido una “nutrición” moral muy pobre.

En cuanto a los criterios positivos para el reclutamiento de hombres en la milicia, Maquiavelo sigue ciertamente los pasos de autores antiguos como Vegecio y Frontino, que se ocupan extensamente del *delectus*: las cualidades son, evidentemente, principalmente físicas y se remiten a “quienes escriben sobre el particular” (Machiavelli, 1521/2001a, p. 57 [35]). Pero a continuación, al destacar con el adverbio “sobre todo”, que indica un grado superior en los criterios de calidad, el autor vuelve a poner el acento en cualidades morales y del temperamento: “Sobre todo hay que tener en cuenta sus costumbres, que tenga honestidad y vergüenza [ie: modestia, moderación]” (Machiavelli, 1521/2001a, p. 57 [35]). Y para reforzar la importancia de los criterios de selección moral, se reafirma una vez más el peligro de seleccionar hombres no virtuosos:

De otro modo, se elige un instrumento de escándalo y un principio de corrupción; porque nadie debiera creer que en la educación deshonesta y en el mal ánimo pueda haber alguna virtud que sea loable. (Machiavelli 1521/2001a, p. 66 [35-36]).

Toda la frase está fuertemente marcada por una reflexión filosófico-ética. En el reclutamiento se evita a los promotores de mal comportamiento (“instrumento de escándalo”) y de pésima influencia (“principio de corrupción”), porque en un ser corrupto (“alma fea”) no puede existir alguna “virtud” positiva, ni siquiera la militar. Y una vez más, reaparece la importancia de la educación, la adquisición de sólidos principios, que recuerdan a las “escuelas honestas” de la *Causa de la ordenanza*.

Por ello, frente a autores antiguos como Frontino o Vegecio, de quienes retoma gran parte del tratamiento técnico, Maquiavelo hace mucho más hincapié en las cualidades morales exigidas en el acto de enrolamiento. En Vegecio, por ejemplo, mientras que las cualidades físicas de los soldados se describen y enumeran con detalle, las de la moral o el carácter apenas se esbozan. Por un lado, se recomienda reclutar hombres del campo más que de la ciudad, porque, además de que están más acostumbrados al trabajo extenuante y, por tanto, son más fuertes y resistentes, se sugiere que también son de carácter más sincero y, por tanto, menos corruptibles o corrompibles. Ciertamente, una pista para una selección según criterios morales aparece

también en su obra, cuando en el séptimo párrafo del séptimo capítulo del primer libro de la *Epitoma rei militaris* escribe:

Iuventus enim, cui defensio provinciarum, cui bellorum committenda fortuna est, et genere, si copia suppetat, et moribus debet excellere. Honestas enim idoneum militem reddit. Verecundia, dum prohibet fugere, facit esse victorem. ¿Quid enim prodest, si exerceatur ignavus? si pluribus stipendiis mereat in castris? Numquam exercitus profecit tempore, cujus in probandis tironibus claudicarit electio. (Vegezio, 1984, p. 199).

En verdad, los jóvenes a los que se les confía la defensa de las provincias y el éxito en las batallas deben destacar sobre otros por su nobleza de costumbre y no deben ser un número exiguo. La honestidad fortalece al soldado y el sentido de la vergüenza, impidiéndole huir, lo hace victorioso. ¿De qué sirve adiestrar a un cobarde? ¿Qué resultado puede obtenerse del ejercicio en el campo de una gran milicia?⁶ No se afirmó nunca en batalla un ejército cuyos componentes no hayan estado reclutados cuidadosamente (Vegezio, 1984, p. 13 [146]).

Vegecio establece aquí una clasificación entre las cualidades morales y las físicas: las morales (“*moribus*”) deben estar presentes en todos los sentidos, mientras que las físicas (“*genus*”) se exigen en la medida de lo posible (“*si copia suppetat*”). El honor (“*onestas*”) debe ser la cualidad predominante, porque implica el sentimiento de vergüenza (“*verecundia*”) ante la huida frente del enemigo; es una cualidad innata, que el ignorante (“*ignavus*”) no puede adquirir mediante el entrenamiento en los campos militares como ocurre con los dotes físicos. Pero Maquiavelo pone un énfasis diferente en la coherencia moral entre el ciudadano virtuoso y la república virtuosa (o principado civil) y entre el ejército eficiente, porque respeta las reglas de la vida civil y el estado virtuoso.

La teoría de la importancia de fundar la calidad de la milicia en la probada e incorruptible solidez moral de sus miembros se reitera en el séptimo y último libro de la obra. De nuevo, se distingue entre los defectos físicos o de comportamiento de los hombres a reclutar (“hombres simples, rudos y propios”), que pueden ser mejorados por el adiestramiento militar, y los defectos morales que no son redimibles (“malignos, mal custodiado y extranjeros”; Machiavelli, 1521/2001a, p. 287 [206]), considerando que los extranjeros carecen del apego al territorio que hace a los “propios” más leales y combativos. Esta diferencia entre los defectos físicos enmendables y los defectos morales incorregibles se ilustra ulteriormente con un símil de naturaleza artística, en consonancia con la ambientación humanista del diálogo, que hace referencia a un trozo de mármol mal esbozado del que ni siquiera un buen artista puede hacer una bella estatua, contrariamente a cuanto se puede hacer de un trozo de mármol en bruto: “Ni se encontrará nunca algún buen escultor que crea que puede hacer una bella estatua de un trozo de mármol mal esbozado, sino de uno bruto” (Machiavelli, 1521/2001a, p. 287 [206]). Se trata de una metáfora que Maquiavelo ya había utilizado en el capítulo XI del primer libro de *los Discursos* (§ 16) en relación con el tipo de hombres que hay que elegir para crear una república virtuosa:

Y, sin duda, si en nuestros tiempos alguien quisiera hacer una república, encontraría más facilidad en los hombres montañeses, donde no hay civilidad alguna [*ie.* educación], que en los que están acostumbrados a vivir en las ciudades, donde la civilidad está corrompida; y un escultor hará más fácilmente una bella estatua de un mármol tosco, que de uno mal esbozado por otros. (Machiavelli, 1531/2001b, p. 80 [90]).

El símil puede resultar de un topos sobre el arte de la escultura, pero no se puede descartar que también derive de una experiencia artística florentina más reciente que había afectado los ánimos menos de veinte años antes: la escultura del *David* de Miguel Ángel, tallada en un bloque de mármol ya desbastado por Agostino di Duccio en los años 1463-1464 y por Antonio Rossellino en 1476, y que había sido abandonada por los artistas durante varias décadas por considerarlo imposible de terminar (Baldini, 1973, p. 94).

Tal símil abriría también una razón más para reflexionar sobre la concepción de Maquiavelo del estado y del ejército que garantiza su existencia, como obras de arte, que deben ser creadas a partir de la materia prima: esto nos llevaría a hipotetizar que la teoría platónica de la obra de arte vista como la realización de la idea en la forma podría haberse extendido para Maquiavelo a la esfera de la política. Pero esta transición de la estética a la ética a través de la filosofía platónica está fuera del alcance de nuestra discusión.

En esta perspectiva, es necesario reconsiderar el conocido pasaje sobre la decadencia de los principados en vísperas de las sangrientas guerras de Italia que concluye la obra para leerla no solo en clave política, sino también en clave moral:

Nuestros príncipes italianos, antes de recibir los golpes de las guerras ultramontanas, creían que a un príncipe le bastaba con son saber pensar desde los escritorios una respuesta aguda, escribir una hermosa carta, mostrar en las palabras y en los dichos agudeza y rapidez, saber urdir un engaño, adornarse con gemas y oro, dormir y

⁶ En lugar de: “en el campo de una gran milicia”, traduciríamos: “si se conforma con pasar varios años en campos militares”.

comer con mayor esplendor que los demás, rodeado de lujuria, comportarse con avaricia y soberbia antes sus súbditos, pudrirse en el ocio, conceder graciosamente los rangos de la milicia, despreciar a quien le muestra una vía loable, pretender que sus palabras son respuestas de oráculos; los desdichados no se daban cuenta de que se preparaban para ser presas de quien los atacara. (Machiavelli, 1521/2001a, p. 287 [206]).

Como es sabido, no solo estas palabras iniciales, sino toda la página que le sigue constituyen uno de los retratos más sentidos del estado de decadencia político-militar de Italia entre los siglos XV y XVI: un fresco que tiene algo de guicciardiniano en la apertura de la perspectiva geográfica a toda Europa, pero con una participación emocional más intensa, con un *pathos* totalmente maquiaveliano, cuyo tono recuerda la exhortación final de *El príncipe*. La argumentación de este pasaje puede parecer, de hecho, esencialmente política y así se la suele caracterizar; pero un análisis más atento revela que las razones enumeradas se refieren casi en su totalidad, no a los defectos de la conducción política o militar del estado, sino a la corrupción moral (o de carácter) de los príncipes italianos. Desde este punto de vista, se puede detectar un agravamiento progresivo del juicio moral. Los primeros defectos provienen de un exceso de preocupación formal por la escritura y el discurso que se sustituye por la eficacia y la concreción de la acción. La respuesta “aguda” que subraya el carácter brillante e ingenioso del dicho, la capacidad de escribir una “bella carta”, el “ingenio” y la “rapidez” de la respuesta se refieren a esa agudeza del habla y de la escritura que en breve Baldassarre Castiglione habría ilustrado en *El cortesano* y que a los ojos del autor pervierten la comunicación verbal y escrita idealmente dirigida a la reflexión y a la acción. Hasta aquí, la implicación moral es todavía leve, ya que el príncipe solo es culpable de ligereza: su comportamiento elegante y despreocupado tiende a hacer prevalecer los fútiles valores formales sobre su deber, que sería velar por la fortaleza del Estado y su independencia a través de la palabra, la escritura y la acción.

En cambio, la segunda tríada de errores penetra más profundamente en la esfera moral: el engaño, la apropiación de la riqueza para fines personales, el indecente esplendor del decorado y las cenas. Se pasa de la culpabilidad pasiva –ocuparse de futilidades en lugar de los deberes del estado– a la culpabilidad activa: fraude, lujo desenfrenado, apropiación indebida.

Un grado aún mayor de condena moral, que también se desprende del léxico utilizado, se alcanza con la evocación de una tercera tríada de errores reprobables, ya que implican un abuso físico y moral más amplio y profundo de los demás: la lascivia, que se traduce en la corrupción física y moral del entorno de la corte; la explotación y la represión de los súbditos a los que el príncipe, según el antiguo pacto feudal, debía asegurar el apoyo y la protección;⁷ y, por último, la cesión al vicio supremo –tomado por el verbo “pudrirse”– a los ojos de la sociedad mercantil florentina y su concepto estoico de la vida civil: la ociosidad, es decir, la inactividad, la pereza.

Sin embargo, el nivel moralmente más reprobable en esta especie de *bolgia* [fosa] infernal se alcanza en los tres últimos comportamientos: la concesión de los rangos de comandantes por “gracia”, es decir, por el favor del príncipe y no por el mérito, repudiando toda forma de justicia y poniendo en peligro el estado al promover a los ineptos; el desprecio hacia quien muestra el camino correcto de palabra y de obra; y, finalmente, el más grave pecado de soberbia concebible para un gobernante: la ciega y obstinada certeza de sostener la verdad, ignorando todo consejo de sabiduría.

Lo que nos parece importante destacar en este análisis es que *El arte de la guerra* es, como otras obras maquiavelianas, una obra ciertamente concebida con una finalidad utilitaria, pero que en ella son fuertes otros dos componentes: el estético –una milicia es como una obra de arte que debe ser moldeada a partir de una materia prima– y, aún más, una obra en la que la ética juega un papel decisivo, aunque explicitado en unas pocas páginas al principio y al final del tratado. Pero, estas páginas son suficientes para orientar toda la reflexión técnica en un sentido ético. Al igual que no puede haber una república sin buenos ciudadanos, no puede haber una buena milicia sin soldados portadores de fuertes valores éticos; estos valores tan simples como la educación, la lealtad, la honestidad no se aprenden en la formación son un requisito previo para todo lo que se pueda enseñar en el trabajo, son un dato *a priori*. Son valores que deben poseer tanto los comandantes como los soldados individuales. La propia organización y su funcionamiento deben favorecer la conservación de estas cualidades morales, de modo que, como hemos visto, el uso de la fuerza queda reservado al estado, y no se confía a la responsabilidad de un general, salvo durante el breve período necesario para la defensa de la república o del principado. El regreso de los soldados y sus mandos a la vida civil será la garantía de su no corrupción. La institución de la milicia no será solo una operación técnica, sino que deberá ir acompañada de una profunda reforma moral de los príncipes y dirigentes de los estados italianos, para devolver la dignidad a una entidad que con su corrupción moral ha abierto la puerta al enemigo y a la devastación. Es evidente, por tanto, que esta perspectiva ética, nada marginal, da un sentido especial a un texto que no es solo un tratado de polemología, sino que se presenta como una obra de compromiso, anclada en la realidad contemporánea, y que pretende incidir en ella, tanto en el plano político y ético como en el técnico.

⁷ Para calificar el comportamiento del caballero, Maquiavelo recurre al adverbio “avaramente”, que remite a la distinción que se hace en el capítulo XV de *El Príncipe* entre “avaro” y “avaricioso”, en el que el segundo adjetivo significa para él “el que por robo desea tener”.

Apéndice

Una curiosidad tipográfica de la segunda edición de *El arte de la guerra* de 1529

Después de la *princeps* de *El arte de la guerra* impresa en Florencia por los hermanos Giunti en 1521 (Innocenti-Rossi, 2015, p. 128, n° 5), los mismos editores publicaron una segunda en 1529 (Innocenti-Rossi, 2015, p. 130, n° 9), es decir, dos años después de la muerte de Maquiavelo.

El frontispicio de esta impresión lleva la inscripción: “LIBRO DELLA ARTE DELLA GUER/RA DI NICCOLO MACHIA/VEGLI CITTADINO ET / SEGREARIO FIO/RENTINO. [Libro del Arte de la guer/ra de Nicolás Machia/velo ciudadano y/ y secretario flo/rentino.]” y, debajo, la marca tipográfica de Giunti con dos niños alados, de pie sobre un volante con el lema “NILCANDIDIUS”, presentando un lirio, colocado sobre una mesa, en cuyo centro aparece una “F” entre dos puntos. El colofón, en c. plv: dice en cursiva: “*Impresso in Firenze per li Heredi di Filippo di Giunta*”. Dependiendo de los ejemplares de la tirada, la forma de la fecha varía. Entre los 16 ejemplares encontrados en bibliotecas (Ibid), 9 tienen la forma “M. D.XVVIIII” y 7 la forma “M. D. XXVIII”. Pero en el colofón de uno de ellos, conservado en una colección privada, se lee “M.D.XIX.”, tras la probable supresión de una “X” en el curso de la impresión. Dado que la ausencia de espacio entre la “D” y la “X” descarta un accidente mecánico, cabe suponer un torpe intento de corregir el colofón en el curso de la impresión.

Las figuras siguientes muestran la portada de la edición, el colofón con la fecha M.D.XIX y dos páginas en las que aparecen pasajes citados en nuestro artículo en las pp. 236 y 237.

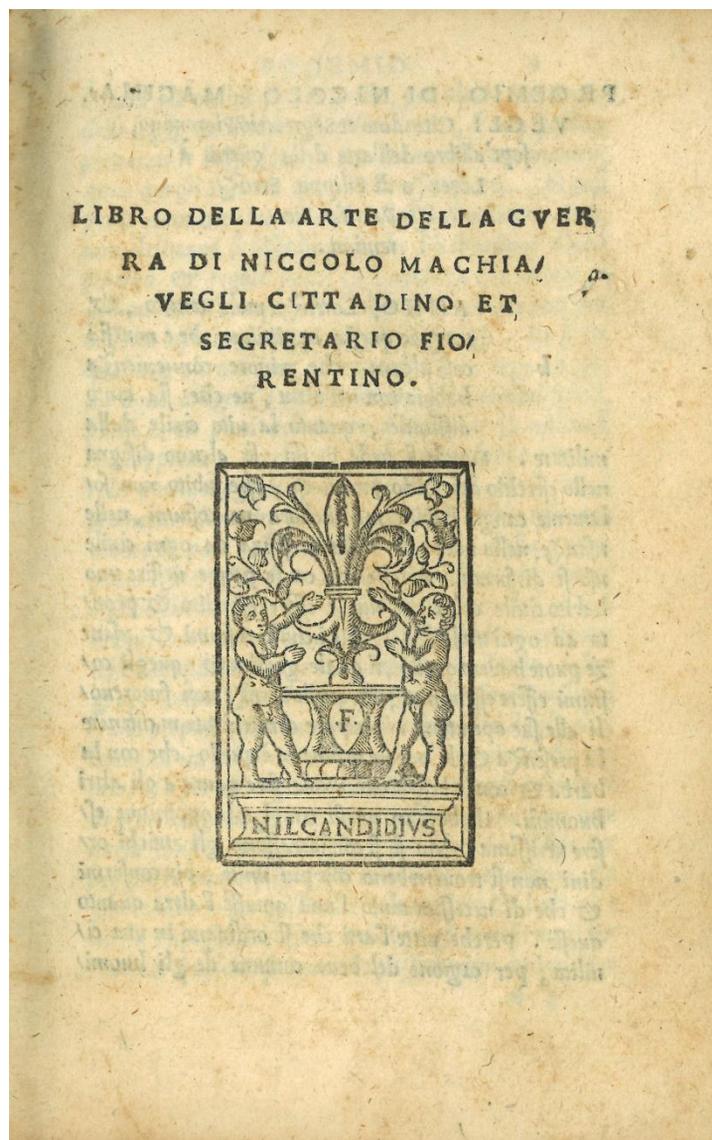


Fig. 1. N. Machiavelli, *Arte della guerra*, Firenze, Eredi di Filippo di Giunta, 1529: Frontispicio (colección privada)

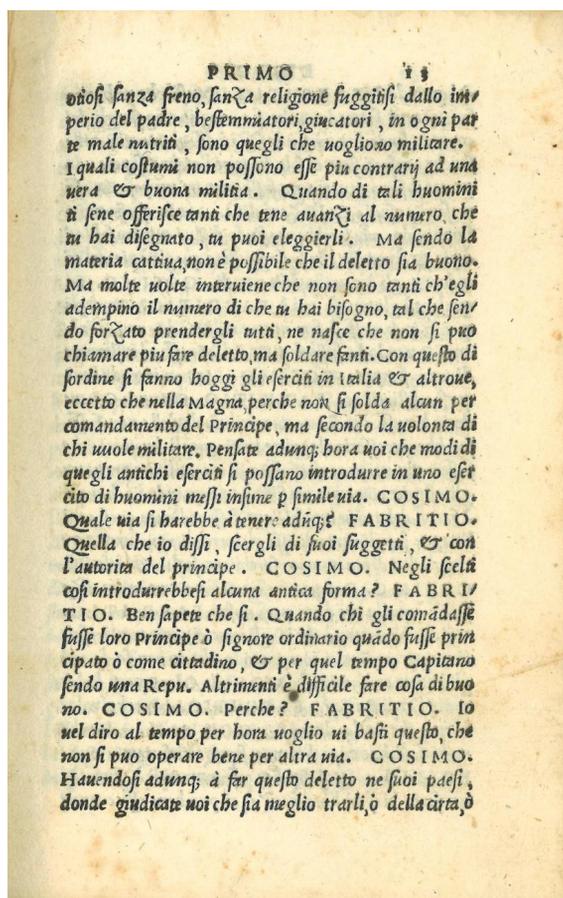


Fig. 2. N. Machiavelli, Arte della guerra, Firenze, Eredi di Filippo di Giunta, 1529: colofón (colección privada) A raíz de un error de composición, este ejemplar tiene la fecha de 1519 (M.D.XIX.)

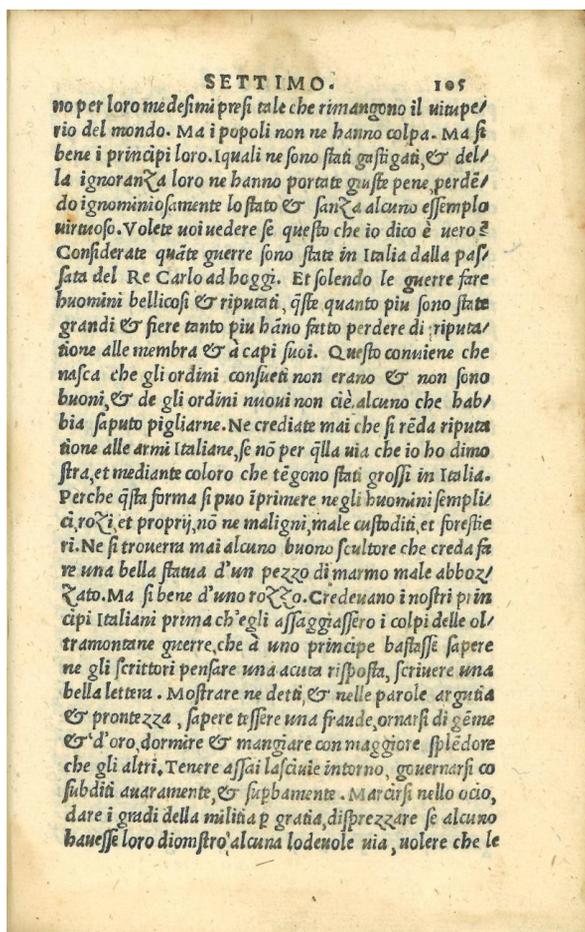


Fig. 3. N. Machiavelli, Arte della guerra, Firenze, Eredi di Filippo di Giunta, 1529, libro I, p. 13r (colección privada)

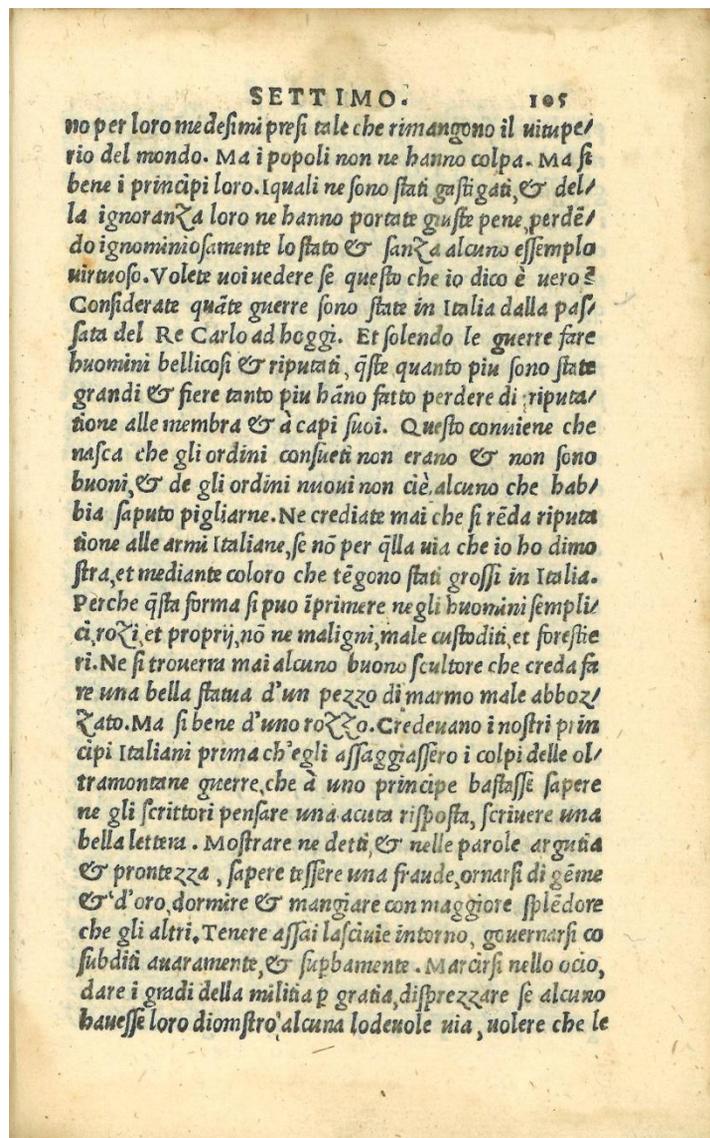


Figura 4. N. Machiavelli, *Arte della guerra*, Firenze, Eredi di Filippo di Giunta, 1529, libro VII, p. 105r (colección privada).

Referencias bibliográficas

- Baldini, Umberto (1973). *L'opera completa di Michelangelo scultore* [La obra completa del escultor Miguel Ángel]. Rizzoli.
- Fachard, Denis (1996). *Implicazioni politiche nell'Arte della guerra* [Implicaciones políticas de *El arte de la guerra*]. In J.-J. Marchand (Ed.), *Machiavelli storico politico letterato*. Atti. del Convegno, Losanna 27-30 settembre 1995 (pp. 149-173). Salerno Editrice.
- Formisano, Marco (2002). Strategie da manuale. *L'Arte della guerra*, Vegezio e Machiavelli [Estrategias de manual. *El arte de la guerra*, Vegecio y Maquiavelo]. *Quaderni di storia* 55, 99-127.
- Innocenti, Piero y Rossi, Marielisa (2015). *Bibliografia delle edizioni di Niccolò Machiavelli: 1506-1914*, vol. 1: 1506-1604. *Istorico, comico e tragico* [Bibliografía de las ediciones de Nicolás Maquiavelo: 1506-1914, vol. 1: 1506-1604. Histórico, cómico y trágico]. Vecchiarelli.
- Machiavelli, Niccolò (2001a). *Arte della guerra. Scritti politici minori* (Marchand J.-J., Fachard D. & Masi G., Edd.). Salerno Editrice. (Testo originale pubblicato al 1521). Edición castellana: (2008). *El arte de la guerra* (Marta Vasallo, Trad). Losada.
- Machiavelli, Niccolò (2001b). *Discursos sopra la prima Deca di Tito Livio* (Bausi, F., Ed.). Salerno Editrice. (Testo originale pubblicato al 1531). Edición castellana: (2008). *Discurso sobre la primera década de Tito Livio* (Roberto Raschella, Trad.). Losada.
- Machiavelli, Niccolò (2006). *Il Principe* (Martelli, M. e Marcelli, N., Eds.). Salerno Editrice. (Testo originale pubblicato al 1532). Edición castellana: (2012). *El principe* (Ivana Costa, Trad). Colihue.

- Martelli, Mario (1998). Machiavelli e Frontino. Nota sulle fonti letterarie dell' *Arte della guerra* [Maquiavelo y Frontino. Nota sobre las fuentes literarias de *El arte de la guerra*]. In M.-F. Piéjus (Ed.), *Regards sur la Renaissance italienne. Mélanges de littérature offerts à Paul Larivaille* (pp. 115-125). Université de Paris X .
- Pagnotta, Fausto (2014). *Cicerone Marco Tullio* [Marco Tulio Cicerón]. In *Enciclopedia machiavelliana*, Istituto dell'Enciclopedia italiana, vol. I, pp. 309-311.
- Sacco Messineo, Michela (1998). *La funzione del dialogo nell' Arte della guerra* [La función del diálogo en *El arte de la guerra*]. In *Cultura e scrittura di Machiavelli*, Atti del convegno Firenze-Pisa 27-30 ottobre 1997 (pp. 597-624). Salerno Editrice.
- Vegezio, Renato Flavio (1984). *L'arte militare* [El arte militar] (Antonio Angelini Trad. e Ed.). Stato Maggiore dell'Esercito. Ufficio storico. Edición castellana:
- Vegezio, Renato Flavio (2006). *Compendio de técnica militar* (David Paniagua Aguilar, Trad.). Cátedra